

VICENTE BLASCO IBAÑEZ: LECCIONES DE UN CENTENARIO

POR

RAFAEL CONTE

Cien años es un plazo considerable. Suele decirse que el tiempo —ese aliado y enemigo— suaviza, clarifica y concede perspectiva. Y sin duda, un siglo es un período de tiempo lo suficientemente respetable como para arrojar luz sobre la más sombría tempestad, política, ideológica o cultural. A principios de este año que finaliza se cumplieron los cien del nacimiento de una extraña figura de la literatura española, de un hombre que provocó con su vida y su obra auténticas tempestades, adoraciones fervientes y odios pertinaces, cuyo nombre ha sido bandera y símbolo omnicomprendidos, de tal manera que muchas veces lo que ha sido defendido o atacado bajo su lema, poco ha tenido que ver en realidad con lo que hizo y dijo a lo largo de su vida.

Vicente Blasco Ibañez es indudablemente una de las figuras más interesantes de la historia contemporánea española, tanto literaria como política. En ocasiones, una sospecha estremecedora asalta al lector que se pone en contacto con su obra: la de que el escritor, rodeado de sus fervorosos partidarios, y de sus apasionados enemigos, estuvo, en el fondo, profundamente solo. Pues solitario ha quedado hasta hoy, entre la envidia y la pasión, en medio de esa doble injusticia que le han infringido, a su obra y a su memoria, el amor y el odio.

Ni siquiera ese respetable plazo, estos cien años transcurridos, han posibilitado la aparición de la serenidad; no es extraño el hecho. La figura de Blasco ejemplifica como pocas la dialéctica nacional, ese desgarramiento colectivo que de manera tan espléndida expuso hace unos años don Pedro Laín. La contradicción fundamental de su patria, la bipolarización hispana, legendaria y perenne, ha provocado la esencial configuración de la vida y la obra del escritor valenciano, y su estela conflictiva ha perdurado a lo largo de este siglo, imposibilitando cualquier intento serio de clarificación del fenómeno blasquista.

El hecho no es nuevo. Constatarlo parece muchas veces molesto, pero no por ello deja de ser necesario. Y las consecuencias son graves para el perfecto entendimiento de cualquier fenómeno histórico o cul-

tural, esto es, para nuestro propio conocimiento, para el entendimiento de nosotros mismos. Si la excepcional figura de Ortega y Gasset puede ser radicalizada en manos de sus partidarios, y sobre todo de sus enemigos, pudiendo convertirse en bandera intelectual de posturas culturales «condenables»—como de hecho lo ha sido en épocas no muy lejanas, y de ello queda constancia en numerosos libros sobre su «heterodoxia»—, poco cabe extrañarse ante el hecho de que otras figuras, intelectualmente menos lúcidas, sufran idénticos desfases ópticos. Ortega, hoy, en el panorama cultural de Occidente, es un sociólogo de tendencias conservadoras, una de las cabezas clave de este tipo de pensamiento—dentro, claro está, de la intelectualidad racional europea—y su respetable figura ha ocupado su debido puesto en la historia de la cultura universal. De ahí que toda acusación de heterodoxia—y, por consiguiente, algunas de las defensas que se le han otorgado innecesariamente—resulte ridícula, y, en el caso de las acusaciones, miserables y trágicas.

Si esto sucede con figuras, como la del sereno, aristocrático y racional Ortega, ¿qué puede pasar con el «revolucionario» Blasco? El desfase nacional adquiere en este caso caracteres de idolatría y mezquindad, de elogio indiscriminado y papanatas, o de miserable e irracional negación. Su centenario, ahora, en pleno diciembre de 1967, puede decirse que no ha clarificado nada. Ha servido, eso sí, para la aparición de algunos libros, de algunas biografías o de escritos casi inencontrables—siempre valiosos, y en alguno de los casos de gran calidad e interés—, pero muchos menos de los necesarios.

En efecto, el centenario de Blasco Ibáñez pone de manifiesto un hecho lamentable: la ausencia de una edición crítica de las obras del autor. De Blasco, como de Baroja o de Valle-Inclán, el público español carece de una edición mínimamente rigurosa de sus obras completas. Moverse por el mundo de las letras españolas suele deparar sorpresas de este tipo. Aparte de la edición de *Obras completas*, en tres volúmenes, existente en una célebre y extendida colección de lujo—donde por cierto es uno de los éxitos editoriales de la colección, reeditadas muchas veces—, y de sus novelas incluidas en otra colección, denominada sintomáticamente «Autores Españoles Contemporáneos», donde la gran mayoría de sus autores son escritores en plena capacidad de producción, no existen ediciones íntegras y críticas de Blasco. El novelista, pese a su inmensa popularidad, es muy parcialmente conocido, tanto por el desfase cultural aludido como por la inexistencia de ediciones adecuadas.

En efecto, Blasco escribió aproximadamente tres veces más de lo que se halla actualmente incluido en sus obras completas. Libros repu-

diados expresamente —¿y por qué no publicarlos con esta condena expresa?—, como los diez volúmenes de *La araña negra*, o los cuatro de *¡Viva la República!*, historias colectivas, traducciones, discursos literarios (sobre este tema se ha publicado recientemente un libro insustituible) y, sobre todo, sus discursos y escritos políticos, y sus reportajes y trabajos periodísticos, «La flor de un día», que Blasco no quería nunca volver a publicar, y en los que, sin embargo, tantas huellas de su talento dejó.

Vicente Blasco Ibáñez fue un hombre de acción, enamorado del arte de escribir. Político, líder de masas, orador de mítines, emigrante, colonizador, exiliado, condenado y preso, diputado, hombre de mundo, turista, periodista, bohemio juvenil, personaje célebre en el mundo y novelista por encima de todas las cosas, sería descabellado intentar comprender el sentido de su figura y de sus obras parcelando su producción, expurgando lo no conseguido, limitando y cribando sus libros. No puede comprenderse al literato sin conocer al político, ni a éste sin el periodista, ni al editor sin el viajero, ni al valenciano sin el agricultor en Argentina. Blasco—como todo hombre—es una totalidad, y esta totalidad es la que nos ha sido negada.

La celebración del centenario ha sido, además, vergonzante. Algunos artículos en prensa y revistas especializadas, comentarios apresurados, carencia de celebraciones oficiales, silencio en los ambientes científicos o universitarios. El humo de la prosa diaria. Pero, en verdad, ¿cabía otra cosa? La carencia de un material riguroso de estudio, y el desfase activo y dialéctico de nuestro panorama cultural, apenas permitían otra cosa. Estas líneas no pueden, por los mismos motivos apuntados, realizar un análisis medianamente riguroso de la obra de Blasco, aunque, al menos, confiesen el mismo pecado. Por ello este trabajo se ciñe a las lecciones de este centenario, y al menos aspira a poner sobre la mesa una serie de puntos de evidente importancia sobre un tema lamentablemente tratado. Y a apartar al escritor de la estela de Dios o del diablo, a purificarlo de su carácter de ídolo o de enemigo, por un racional punto de honestidad y deliberada fijación de límites. Blasco Ibáñez, ese desconocido, escritor desorbitado por tiros y troyanos, contradictorio, pletórico de vicios y virtudes, plantea, hoy, una serie de interrogantes de importancia decisiva para el panorama de la actual sociedad y las letras españolas.

REPERCUSIONES DE SU ACTIVIDAD POLÍTICA

Indudablemente, uno de los datos que más ha contribuido a fijar la imagen de Vicente Blasco Ibáñez como un elemento activista, polé-

mico y subversivo, dentro del panorama sociocultural del país, ha sido su especial talante político. En efecto, Blasco fue un activista en la plena acepción de la palabra. Desde muy joven se distinguió en las filas de los grupos republicanos, en plena época de la restauración monárquica. Fue prontamente procesado, condenado y exiliado político, y durante toda la primera época de su vida, hasta 1908 aproximadamente, su figura se convirtió en un elemento popular dentro de las algaradas políticas de su ciudad valenciana. En cierta ocasión, llegó a sufrir Consejo de Guerra y pasó catorce meses en la cárcel. Su lucha contra el poder constituido le condujo, sin embargo, a los escaños del Congreso, siendo diputado por Valencia en numerosas ocasiones.

Curioso avatar subversivo el de este hombre que ejerciendo de republicano activo, y colaborando en el combate frente a la monarquía, acaba en plena legalidad como representante político de sus conciudadanos. ¿De dónde puede surgir entonces la calificación revolucionaria de Blasco? Es un hecho a evidente, que los sectores conservadores del país aceptan a regañadientes la confrontación democrática, y, aun cuando ello ocurre, suele producirse un movimiento para expulsar de la legalidad a los grupos más radicales del progresismo. No obstante, si la legalidad constitucional fija amplios límites de confrontación de opiniones, estos grupos extremos son condenados en nombre de esa otra legalidad más rígida y sutil que se identifica artificialmente con la tradición española. Se trata, pues, de una condena extrajurídica, pero no por ello menos efectiva, una condena moral, fomentada por el decisivo peso que en la configuración del país poseen los sectores inmovilistas. Si pese a ello el marco político legal deja margen de actuación al extremismo progresista, este mismo marco político es susceptible de ser condenado.

Pero, ¿era Blasco un extremista? Realmente, si se consultan sus discursos y sus textos políticos, puede observarse que su radicalismo era más bien bastante templado. En efecto, Blasco no tiene nada que ver con el anarquismo ibérico, ni con los incipientes movimientos socialistas. Por el contrario, su ideología política se aproxima bastante—en frase de Joan Fuster—al radicalismo francés, concepción política de raíces pequeño-burguesas. Blasco es un hombre respetuoso de la propiedad privada, cuyo modelo político confesado es la organización de los Estados Unidos de Norteamérica. Esa mezcla de «egoísmo capitalista y romanticismo democrático»—en palabras del propio Blasco—constituye una doctrina política ideal para el fogoso valenciano. Blasco admira también la organización suiza, aunque «sólo para los suizos», y proclama en su vuelta al mundo que los «boxers» eran unos exalta-